

ALFAGUARA



Piedad Bonnett

El prestigio de la belleza

I.

La niña de la foto es realmente fea. Debajo de la enorme capota se ve una carita grumosa, de enormes cachetes y diminutos ojos de zari-güeya, vivos y sonrientes. Sobre el labio superior, como un oprobio, la huella mínima, pero inocultable, del dedo torpe del Dios que sopló sobre el barro aún fresco para darle vida.

Esa niña soy yo y este relato es, entre otras cosas, el de mis tratos con la belleza. Y, como todo relato verdadero, es también, hasta cierto punto, un ajuste de cuentas con los demás, pero sobre todo conmigo misma. Una lona en cuyas esquinas no hay *segundos*. Un laboratorio donde remiendo mi propio Frankenstein.

No sé si la mancha sobre el labio es rosa pálido, o violeta o marrón, en parte porque la fotografía es en blanco y negro —uno de esos «retratos» antiguos de bordes blancos y ondulados— y en parte porque ya no tengo el estigma: por alguna razón misteriosa a los tres o cuatro años se diluyó, o lo aspiré en un acto desesperado que me libró de él para siempre.

Todo comenzó para mí, como para cualquier mortal, en el reino del agua: la vieja historia de un sereno flotar que un día cualquiera

cesa y se convierte primero en inquietante chapoteo en el vacío y luego en la sensación de que una boca monstruosa te absorbe y te saca de las plácidas tinieblas. Hasta aquí ninguna novedad. En mi caso, sin embargo, la última parte de ese primer capítulo no culminó de la forma sintética, fluida y eficaz que siempre se espera. Cuando mi cabeza empezó a penetrar en el túnel que me conduciría a la salida, me encontré con un obstáculo, el primero de los muchos que iba a tener a lo largo de la vida. Mi persistencia de topo ciego se estrellaba reiteradamente contra un mundo cerrado, un colchón de fulgores violáceos que empezó a provocar estallidos en mi cerebro. Los oídos, que apenas si habían captado hasta entonces pálidos rumores, empezaron a zumbiar, como si en cada uno de ellos habitara un abejorro gigante. Todo me daba vueltas. Dentro de mi cuerpo sentía un tum tum de tambores. En mi frente empezó a crecer un resplandor color sangre y en mi boca apareció un sabor amargo. Aquel mar, antes acogedor, comenzó a ahogarme. Yo luchaba como un gladiador diminuto entre las fauces de una fiera. Entonces, en el momento mismo en que mi esfuerzo amenazaba con desfallecer, me convertí en un silbo, en una partícula luminosa que bajaba en espiral desde la eternidad, que es, como se sabe, un mar sin orillas. Un siglo después salí por un agujero sangrante. El Tiempo apareció, me hizo saber que ya no era un renacuajo perpetuo y me instó a usar mis pulmones. Entonces di un alarido pavoroso, que era a la vez de liberación y de miedo.

Mi madre se asustó al verme. Yo era la primogénita y ella había estado esperando un niño rosado, de ojos almibarados como los suyos y una cabeza perfecta, redonda y calva. (La cabeza fue siempre fundamental en su juicio sobre la mayor o menor perfección del prójimo: la proporción, la forma y el vigor capilar eran definitivos.)

Lo que expulsó, en cambio, después de veinticuatro amargas horas de dolores y pujos, fue un ser repulsivo, de cabeza oblonga, que venía envuelto, casi como presagio atroz, en una sustancia llamada meconio, que no es otra cosa—según definición del diccionario—que un excremento negruzco formado por mocos, bilis y restos epiteliales.

Mi madre me dio unos días de plazo para desamoratarme, desarrugarme, y entonces sí develar mi verdadero ser, acorde a su noción de belleza. Imposible que la genética le hubiera jugado esa broma cruel, ignorando las pestañas cerradas, la barbilla perfecta y la piel lechosa de ella misma y de mis innumerables tías y primas. Tendría paciencia, pensó, mientras se recuperaba de los malos tratos de la naturaleza, que había hecho que yo desgarrara su vagina, causándole una hemorragia que obligó a mi abuela y a un par de asistentes a extender al sol sábanas y trapos durante casi dos semanas.

Aquel plazo silencioso que ella me había dado empezó a tardar tanto que antes del año ya

había perdido las esperanzas. Su lógica cartesiana, que la llevaba a pensar que hasta el más insignificante de los hechos está inserto en una trama de causas y efectos, hizo que sin malicia alguna, sin perversidad, decidiera para sus adentros que, ya que en su familia la belleza era la constante, tanta fealdad debía venir de la familia de mi padre. Éste era un hombre normal, de pelo abundante y labios fruncidos, inocente de que en su árbol genealógico existiera una abuela sin gracia. Y que tal vez nunca paladeó el amargor final de la frase con que mi madre catalogó, durante toda mi vida, todo aquello de mí que le resultaba molesto: «Eso es heredado de su papá».

Sin embargo, aquel deslucimiento mío no iba a quedarse así como así, pensó mi madre, educada en la más absoluta disciplina y con una idea muy clara de que un hombre se labra su destino minuciosamente. Algo podría ella hacer, aunque la cosa no pintara fácil.

El impacto de mi fealdad tuvo, sin embargo, rápida compensación para mi madre: cuando mi hermana, con una facilidad pasmosa, sacó su cabeza por el camino ya expedito que yo tan brutalmente había abierto once meses antes, todo en su semblante testimoniaba que se había librado de los genes implacables de la abuela desconocida. Era una niña preciosa, de ojos oscuros, nariz fina y piel transparente como papel de arroz.

Mientras nos miraba, una al lado de la otra, mi madre debió de preguntarse secreta-

mente por nuestros destinos. Mi hermana ya llevaba buen trecho ganado, pues la belleza, bien se sabe, es ganzúa que hace ceder todas las cerraduras. Pero ¿qué hacer conmigo? La primera decisión fue elemental: si el espíritu, el carácter, la inteligencia pueden moldearse, ¿por qué no el cuerpo, máxime si éste es reciente, no ha acabado de cuajar, todavía es blando, flexible, maleable? Fue así como se dedicó a frotar mi tabique con manteca de cacao, a peinarme con agua de linaza y de manzanilla, a embadurnar la mancha de mi labio con un pegote de concha de nácar, a darme leche en cantidades colosales para dotar de calcio mis huesos. Todo aquel tratamiento tesonero se combinaba con batas de ojalillo, moños en la cabeza, zapatos blancos y aretes diminutos. Yo fui así altar, tótem, pastel, objeto sagrado frente al que mi madre se doblegaba con reverencia mientras untaba sus sales y sus bálsamos. Yo no sabía que detrás del rito se ocultaba una vocación de alquimista. Mucho tiempo después iba a enterarme de que el amor se manifiesta a veces con desesperación, egoísmo, tretas, trampas. Que el amor jamás es inocente.

Iba a cumplir cinco años cuando un nuevo ser de cejas pobladas, ojos adormecidos y mejillas color merengue, nació dando alaridos en la habitación del fondo. Mis padres no podían estar más ufanos: la criatura no sólo era de una belleza luminosa sino que era un varón, como lo testimoniaba el extraño adminículo color rosa claro

que titubeaba entre sus piernas de recién nacido, y que yo conjeturé, a primera vista, que era una excrescencia vil que hacía de mi nuevo hermano un anormal. De modo escueto, aunque con una cierta sonrisa, se me informó que esa subespecie llamada masculina tenía en ese lugar, indefectiblemente, ese tipo de órgano.

Yo recibí al nuevo miembro familiar con una mezcla de curiosidad y recelo. En cuestión de días descubrí el placer de la crueldad, que se tradujo en insólitos experimentos que llevé a cabo a espaldas de mi madre. Metía mis dedos en los ojos de la nueva criatura, tapaba por unos instantes su nariz hasta ver cómo manoteaba con desesperación, mordía uno de sus pies cuando me pedían que la cuidara, mientras mi madre y Narcisa —una joven negra, que llamaban algunas veces *la niñera* y otras veces *la de adentro*— mezclaban el agua en la tina. Los berridos de mi hermano me causaban una excitación extraordinaria, un paroxismo de felicidad y terror. Muy tiesa, al lado de la cama, disimulaba, sin embargo, mis emociones y mostraba a mi madre una sonrisa hipócrita cuando me indagaba con una mirada llena de sospechas. La culpa, ese pajarraco que tarde o temprano viene a picotear en nuestra ventana, no hacía todavía sus estragos.

Dos semanas después un revoloteo generalizado nos permitió enterarnos, a mi hermana y a mí, de que al día siguiente iba a celebrarse el bautizo del nuevo miembro de la familia. Trajeron vino, flores, postres. En la cocina colgaba, desde hacía diez días, un inmenso pernil salado.

Me pareció que era demasiada fiesta para el simple hecho de ponerle a alguien un nombre.

A la ceremonia religiosa fuimos todos: mi abuela materna, los innumerables tíos, algunos amigos de la familia y el cura. Mi hermana y yo parecíamos un par de pasteles con crema entre nuestros vestidos. Y la nueva criatura, con sus puños cerrados, había perdido momentáneamente su condición masculina entre un faldón almidonado que había servido para tal menester por varias generaciones.

—¿Por qué agua? —pregunté.

—Es agua bendita —me explicó la vecina.

—Si se muere, que Dios no lo quiera —añadió una de mis tías—, se irá al cielo y no al limbo, el lugar adonde van los que no están bautizados.

¡El limbo! Hasta entonces sólo sabía del cielo, donde estaba el Dios al que le rezaba antes de acostarme. Traté de representarme el limbo y lo que me imaginé resultó muy desagradable: cientos de almas de infantes llorando a un mismo tiempo, acostados en un enorme colchón de nubes.

Durante la fiesta, puesta toda la atención en el recién nacido, en la comida y en las bebidas, mi hermana y yo fuimos felizmente inexistentes. El ajetreo me permitió moverme a mis anchas entre las piernas de los adultos, ensuciando manos y codos y rodillas, y los bordes de mi vestido de organza.

Alguien allá arriba dijo que hacía calor, que sería bueno tomar un poco de aire. Opiné

lo mismo. Pero en vez de dirigirme al patio central, que era donde estaba todo el mundo, me escabullí por el corredor y llegué a la puerta de la casa. La larga calle me anunciaba que al final de ella encontraría un mundo novedoso, que me había sido escamoteado hasta entonces. La decisión era sencilla: ir hacia la derecha, donde yo sabía que estaba la plaza, o hacia la izquierda, donde el pueblo se disolvía en una lejana polvareda. Escogí, intuitivamente, el camino de lo desconocido.

Empecé a caminar con una determinación guerrera y una liviandad de ángel. Vi puertas abiertas y zaguanes que daban a jardines y postigos de los que salía música, y muros en los que había gatos acurrucados. El hecho de que la gente con la que me topaba parecía no verme y algo en mis mejillas adormecidas me confirmaron que era invisible. Crucé una calle y otra y otra; el pueblo tranquilo por el que había estado caminando se convirtió en cuestión de metros en una especie de enorme jaula donde cantaban muchos pájaros, en una fiesta llena de algarabía y polvo y correteos. Era una alegría distinta a la que yo conocía hasta entonces, una alegría que nada tenía que ver con la que había en la fiesta del bautizo de mi hermano. Me dejé llevar por otra que había dentro de mí, por una desconocida que en medio de un sueño aspiraba en el aire una mezcla de humo y frutas y fango y perfumes chirriantes, mientras sentía en las sienes unos golpecitos deliciosos y en la barriga aleteos y cosquillas.

Anohecía, y las luces de los faroles, que en este momento del relato conviene que sean de un amarillo mortecino, empezaron a encenderse. Giré hacia un callejón lleno de sombra, inesperadamente solitario. Nunca necesitamos tanto de otro como cuando oscurece. La cobarde que siempre ha habitado en lo más hondo de mí empezó a correr alocadamente de un lado para otro, como si mover las piernas con tanto brío garantizara una meta conocida. La desesperación enceguece. El cielo empezó a hacerse cada vez más lejano, como cuando uno cae al fondo de un pozo, y un jadeo animal reemplazó al llanto que pujaba por salir de mi garganta. De repente, una mujer que me había estado observando desde la ventana salió de una casa, me detuvo y, acucillándose para estar a mi altura, empezó a interrogarme.

Un grupo de personas se acercó a curiosar.

—Está perdida —dijo la mujer, como si acabara de descubrir América. Alguien mencionó el nombre de mi madre.

Cuando llegué a mi casa de la mano de ese alguien, ya había un puñado de personas en la puerta, alarmadas, esperando a la comisión que estaba dedicada a buscarme. Fui recibida con abrazos y reproches. La noticia de que me había escapado se le había ocultado a mi papá, para no enojarlo. Entré a la casa en medio de suspiros de alivio, ufana como nunca, tremendamente satisfecha de mí misma. No sólo había sido capaz de violar el umbral de las prohibicio-

nes, no sólo había sobrevivido, sino que, además,
era amada. Amada y necesitada.